

INTRODUCCIÓN

Un estudio del ser humano no debe conformarse con investigar los elementos comunes a todos, sino adentrarse en lo más radical de nosotros mismos: la intimidad de la persona, el quién que cada uno somos. Ese conocimiento de la verdad íntima de cada quien, lejos de la soledad amenazante, se abre en libertad y esperanza, al futuro transcendente. La persona es radicalmente apertura a Dios y a las demás personas.

Nuestro planteamiento antropológico admite que el ser humano está compuesto de alma y cuerpo, pero no como oposición de partes. El alma está conformada, a su vez, por la raíz activa e inmaterial de todas las potencias humanas (el yo) y por las dos facultades inmateriales: inteligencia y voluntad. Por su parte, el cuerpo está compuesto de variadas funciones, movimientos, facultades orgánicas, tendencias apetitivas y sentimientos sensibles o afecciones. Esta dualidad alma-cuerpo constituye lo común de todos los seres humanos.

Sin embargo, hay algo más... más allá de la dualidad alma-cuerpo, la persona humana que cada quién es, es decir, el acto de ser personal novedoso e irrepetible, es superior e irreductible a ambas dimensiones humanas.

Las antropologías se suelen centrar en la exposición de lo común humano, pero no advierten ni inciden en lo radical o trascendental de cada quién, la persona humana, que es superior a lo común del género humano. El 'ser' no se reduce al 'tener'. El ser es la persona; aquello que ésta tiene o de lo que dispone es su alma y su cuerpo. El fin de la persona no es, por tanto, ni el crecimiento en humanidad de su alma ni la mera mejora orgánica de su cuerpo, sino el crecimiento personal inacabable, abierto a Dios, donde encuentra enteramente su sentido radical.

Se admiten aquí, por tanto, y al menos, tres dimensiones distintas en el ser humano: la corpórea, a la que vamos a denominar 'naturaleza' humana; una

intermedia que es inmaterial, a la que llamaremos ‘esencia’ humana constituida nativamente por dos potencias –inteligencia y voluntad– y una raíz activa –el alma–; y la dimensión superior activa a la que designaremos como ‘acto de ser personal’. Las tres son susceptibles de crecimiento y de disminución, sólo que este crecimiento en el cuerpo es limitado, en la esencia es potencialmente irrestricto, y en el acto de ser es activamente irrestricto.

Lo que precede implica distinguir –siguiendo el lenguaje bíblico– ‘alma’ y ‘espíritu’ (cfr. Dan 3, 86; Lc 1, 47; 1 Tes 5, 23; Heb 4, 12), o –de acuerdo a la terminología moderna–, entre ‘yo’ y ‘persona’. Sabemos cómo es nuestro yo porque somos nosotros los que lo vamos formando (madurando, personalizando), pero conocemos escasamente quién somos como persona, porque ésta no es un invento nuestro, sino divino (creado por Dios como alguien único e irrepetible). Pues bien, la felicidad personal conecta con este último saber más que con los precedentes. Por tanto, vamos a intentar exponer en las páginas que siguen ciertas claves que, sin descuidar el conocimiento de las dimensiones humanas inferiores, nos permitan alcanzar las superiores.

Al estudio de lo común humano –orgánico e inmaterial– se llama “antropología filosófica”. Pero cada persona es superior e irreductible a lo común de todos los seres humanos. Además, como no existen dos personas iguales, no cabe constituir una disciplina general a la que se pueda denominar ‘personología’. Pero sí se pueden descubrir en la intimidad de todas las personas –creadas e increadas– unas perfecciones unidas inseparablemente al ser personal. A tales perfecciones se les denomina aquí trascendentales personales: co-existencia, libertad, conocer personal y amar personal.

Si tales trascendentales se descubren en la intimidad personal humana y se logran exponer, a esa antropología de alto alcance se la podría llamar de diversas maneras: ‘personal’, porque está centrada en lo más relevante del hombre, la persona; ‘trascendental’, porque la persona trasciende lo común de los hombres y trasciende hacia Dios; ‘radical’ porque versa sobre la raíz o lo más activo del ser humano; ‘espiritual’, porque espíritu y persona son sinónimos; ‘del corazón’ porque estudia lo más íntimo; ‘del acto de ser humano’, si se admite la distinción real tomista en antropología.

Pero como las precedentes denominaciones son inusuales, podemos seguir llamando a nuestro estudio antropología filosófica, sin olvidar que tiene un enfoque peculiar: estudia y trata de explicar lo humano en orden a desvelar progresivamente el ser novedoso e irrepetible que es cada persona, la cual está constitutivamente abierta al ser divino.

10 La inspiración y las ideas principales aquí expuestas nacen de los desarrollos antropológicos que descubrió Leonardo Polo. Se trata de una antropología cuya investigación natural de la persona se abre a un diálogo constructivo con la fe y la teología. Con este objetivo, en el texto del manual que presentamos hemos querido dejar constancia –habitualmente en letra pequeña– de ese diálogo con la fe y la apertura a Dios de nuestra visión de la persona humana.

Los autores. Pamplona, agosto de 2018